

rina, pues estoy segura de que Nathán no puede amar á ninguna mujer más que á mí.

—¿Qué? ¿Porque hace algunos días le ves esmerándose en rodearte de toda suerte de atenciones? Pues esto prueba precisamente lo que te digo.

—¡Amar él á una mujer del gran mundo! Esto sí que me tiene sin cuidado.

—Pues bien ¿quieres que yo le obligue á decirte que al salir del baile no puede acompañarte á tu casa?

—Si llegas á conseguirlo, te prometo llevarte en busca de las cartas, y cuando me las enseñes creeré en ellas.

—Pues aguarda ahí y observa.

Tomando Vandenesse el brazo de su esposa, se adelantó como más de dos pasos de la actriz. Al poco rato volvía Nathán jadeante y escudriñando con la vista todos los rincones como un perro que busca á su dueño, al sitio en que recibió la confianza. Al leer en su frente cierto aire de preocupación, fácil de adivinar, Florina se mantuvo como un poste delante del escritor y le dijo imperiosamente:

—No quiero que me dejes y para ello tengo mis razones.

—¡María!—susurró á oídos de Raúl la condesa por consejo de su esposo. ¿Quién es esa mujer? Déjala y aguardame en la última grada de la escalinata.

En tan crítica situación, Raúl desprendióse con una violenta sacudida del brazo de Florina, quien, no esperando tal movimiento, no pudo menos que soltarlo á pesar de que lo tenía asido fuertemente. Nathán perdióse entre la muchedumbre.

—¿No te lo decía?—exclamó Félix al oído de Florina, que permanecía perpleja, hasta que dándole el brazo, dijo:

—Seas quien fueres, vámonos á casa; ¿tienes coche?

Por toda contestación, Vandenesse llevóse á Florina precipitadamente, reunióse con su mujer, que le aguardaba á la puerta en un sitio convenido de antemano, y á los pocos momentos las tres máscaras, conducidas con presteza por el cochero del conde, llegaron á casa de la actriz, quien al entrar se quitó el antifaz. La señora de Vandenesse no pudo reprimir un estremecimiento de sorpresa al aspecto de Florina, medio aturrida de despecho, de cólera y de celos.

—Busca en primer lugar—dijo el conde,—una cartera que no has abierto nunca; la hallarás en tu gabinete y allí encontrarás las cartas.

—Desde ahora comprendo que alguien me habrá expiado, pues me hablas de una cosa que hace ya algunos días venía inquietándome—exclamó Florina, empujando con violencia la puerta de su aposento.

Vandenesse adivinó que su esposa palidecía á través de la mascarilla, pues aquel gabinete explicaba más de lo que hubiera querido saber un amante ideal, las relaciones íntimas entre Nathán y la actriz. Basta un solo instante para que una mujer comprenda toda la verdad de estas cosas, y la condesa advirtió, en la promiscuidad de los objetos de aquel retrete, un vivo testimonio de lo que Vandenesse le había dicho.

Florina dió al fin con la cartera.

—¿Cómo abrirla?—se preguntó; y envió á la cocina por el cuchillo de trinchar. Al traérselo su camarera, exclamó, blandiéndolo, con tono zumbón:

—Con esto se descuartiza á los *pollos*.

Esta frase, que produjo escalofríos á la condesa, le explicó más vivamente de lo que su marido hubiera podido hacerlo lo profundo del abismo á que estuvo abocada.

—¡Qué tonta soy!—añadió la actriz—aquí tiene su navaja de afeitar.

Y cogiéndola, cortó el tafíete de la cartera, abrióse ésta y asomaron las cartas de María. Florina cogió la primera que le vino á las manos.

—De fijo pertenecen á una mujer de alto rango, pues tienen trazas de no contener una sola falta de ortografía.

Vandenesse se apoderó de todas las cartas y se las dió á su mujer, que se fué al velador á comprobar si faltaba alguna.

—¿Quieres cedérmelas á cambio de esta?—dijo Vandenesse enseñando á Florina el contra-valor de cuarenta mil francos.

—¡Qué tonto! ¡Suscribir semejantes pagarés!...—dijo la actriz leyendo el que Vandenesse le ponía á la vista.—¡Ya le daré yo con sus condesas! ¡Y pensar que entre tanto yo me mataba para proporcionarle algunos fondos!... Ya está visto lo que son los hombres: una se condena por ellos, y luego vienen y os pisotean. Juro que me la pagará.

La señora de Vandenesse, en tanto, se había marchado con las cartas.

—¡Eh, mascarita, déjame una nada más, para confundirle!

—Imposible—repuso Vandenesse.

—¿Por qué?

—Porque esa mascarita es tu ex rival.

—¡Toma! á lo menos podía haberme dado las gracias.

—Entonces ¿por qué te quedas con los cuarenta mil francos?—dijo el conde saludándola.

Es muy raro que un hombre que haya experimentado una sola vez las angustias del suicidio, acuda á este medio nuevamente; el suicidio puede no curar de la vida, pero cura, cuando menos, de la muerte voluntaria. Así se explica que Raúl no pensara de nuevo en acabar con su existencia, al encontrarse en una situación más grave todavía de la que acababa de librarse, viendo el pagaré en manos de Florina, que era para él indudable lo había recibido de manos de Vandenesse. Trató de volver á verse con la condesa, para explicarle la naturaleza de su amor y decirle que en su corazón brillaba más puro que nunca. Pero bastó que la primera vez que lo intentó le lanzara la condesa una mirada despreciativa, de esas que abren un abismo insondable entre un hombre y una mujer, para que no se atreviera en lo restante del invierno á hablarla ni á encontrarse con ella. No obstante, quiso desahogarse con Blondet, y hablando de la señora de Vandenesse mentó á Laura y Beatriz, parafraseando el siguiente bellissimo paisaje de Teófilo Gautier, uno de los poetas más notables de estos tiempos:

«Ideal, flor azul de corola de oro, cuyas fibrosas raíces, mil veces más sueltas que las sedosas trenzas de las hadas, se introducen hasta el fondo del alma para absorber la substancia más pura; flor dulce y á la vez amarga, que no puede arrancarse sin que la sangre del corazón rebose, sin que su tallo cortado se rezuma en gotas rojas... ¡Ah! maldita flor ¡cómo has arraigado en mi alma!»

—Amigo mío, estás chocheando—le dijo Blondet;—confieso que hubo aquí una bonita flor, pero no ideal, y en vez de estar cantando como un ciego delante de un nicho vacío, sería mejor que te lavaras las manos para someterte al poder y ponerte en fila. Eres demasiado artista para ser un buen político, pues sin valer lo que tú, hay gentes que se han divertido contigo. Enhorabuena que siga habiendo todavía quien se divierta, pero en otro sitio...

—María—dijo Raúl—no podrá impedir que siga amándola ¿será mi Beatriz!

—Es preciso que sepas, amigo mío—repuso Blondet,—que Beatriz fué una niña de doce años á quien Dante no volvió á ver en su vida. Sin esto ¿habría sido acaso lo que fué? Para convertir á una mujer en divinidad es menester que no la veamos hoy con mantilla, mañana con traje escotado, y el otro día comprando juguetes en el bulevard para el niño más pequeño. Y después, cuando uno cuenta con Florina, que es, alternativamente, duquesa de *vaudeville*, señora de drama, marquesa, negra, campesina en Suiza y virgen del sol en el Perú, el único modo de ser virgen, no sé cómo te queda valor para arriesgarse con las damas del gran mundo.

El banquero de Tillet (valiéndonos de un término de bolsista), *ejecutó* á Nathán, quien, hallándose falto de dinero, abandonó la parte que tenía en el periódico, y en el colegio electoral triunfó el primero sobre Nathán, que sólo obtuvo cinco votos.

Al invierno siguiente, cuando la condesa regresó á París después de un largo y próspero viaje por Italia, Nathán acababa de justificar todas las previsiones de Félix. Siguiendo los consejos de Blondet, entró en tratos con el gobierno, y para dar una idea del sesgo que tomaron sus asuntos personales, bastará decir que un día la condesa vió á su antiguo amante paseando por los Campos Elíseos, en deplorable estado, llevando á Florina del brazo. Si un hombre indiferente es feo á los ojos de una dama, cuando no le quiere le parece horrible, especialmente si se asemeja á Nathán. La señora de Vandenesse, al verlo, se avergonzó pensando que se había interesado por él, y si no hubiese estado curada de toda pasión ilegítima, el contraste que ofrecía el conde comparado con este hombre, menos digno ya del público aprecio, habríale bastado para preferir su esposo á un ángel.

En la actualidad, este ambicioso tan rico en tinta como pobre en fuerza de voluntad, tras de una capitulación vergonzosa, ocupa un puesto en una oficina como la más insignificante medianía. Después de haber apoyado cuantas tentativas anárquicas tuvieron lugar, vive ahora en paz á la sombra de un periódico ministerial, y la cruz de la Legión de Honor, ese fecundo tema de sus chistes, adorna su ojal. «*Orden á toda costa*»; he aquí el asunto de los artículos encomiásticos de ese antiguo director de un periódico revolucionario. Hoy defiende

con la autoridad de la cosa juzgada el derecho hereditario, que atacó rudamente en otros tiempos con frases *sansimonianas*. Y esta conducta ilógica tiene su origen y autoridad en ese cambio de frente por parte de muchas gentes, que en nuestras últimas evoluciones políticas han obrado lo mismo que Raúl.

En los Jardies, diciembre de 1838.

## MEMORIAS

DE

# DOS JÓVENES CASADAS

Á JORGE SAND

Esto, querido Jorge, no dará brillo ninguno á su nombre, que protegerá á este libro con su mágico reflejo; pero, por mi parte, no hay en ello cálculo ni modestia. Deseo hacer pública la amistad verdadera que ha existido entre nosotros á través de nuestros viajes y ausencias, y á pesar de nuestros trabajos y de las maldades del mundo. Este sentimiento sin duda no se alterará nunca. El cortejo de nombres de amigos que ha de acompañar á mis composiciones, aliviará algo las penas que me causa el número de éstas, que no sin dolor son muestra de los reproches que me ha valido mi amenazadora fecundidad, como si el mundo que veo ante mis ojos no fuese infinitamente más fecundo. Jorge ¿no será cosa hermosa el que llegue un día en que el anticuario de las literaturas destruidas no encuentre en este cortejo más que nombres grandes, corazones nobles, amistades puras y santas, y las glorias de este siglo? ¿No tengo yo motivo para mostrarme más orgulloso de esta dicha segura que de éxitos siempre contestables? Para el que le conoce á usted bien ¿no es una dicha poder decirse, como yo me digo,

Vuestro amigo,

DE BALZAC?

Paris, junio de 1840.

## PRIMERA PARTE

I

Á la señorita Renato de Maucombe

Paris, septiembre.

Corcita mía ¡yo también estoy fuera! Y si tú no me has escrito á Blois, yo soy también la primera en estar en nuestro hermoso punto señalado para dirigirnos mutuamente la correspondencia. Levanta tus hermosos ojos negros fijos en mi primera frase, y guarda tu exclamación para la carta en que he de confiarte mi primer amor. Siempre se habla de un primer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APR 12 1925 MONTERREY, MEXICO  
FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
APR 12 1925 MONTERREY, MEXICO